

Filosofía que no lo parece

¿Un libro compuesto exclusivamente por preguntas, sin ninguna trama que las una, es un libro de literatura, de filosofía? ¿Es un libro? ¿Qué demonios es?

Hay libros que no se sabe muy bien si pertenecen al campo de la literatura o al de la filosofía. ¿Son filosofía los *Diálogos* de Platón, los *Ensayos* de Montaigne, los *Pensamientos* de Pascal y las *Confesiones* de Rousseau? Y si es así, ¿qué es lo que hace que estas obras sean filosóficas? En el caso del último libro de Padgett Powell sucede algo parecido: no está claro si estamos ante una obra de literatura o de filosofía, pues, aunque los editores y los críticos parecen inclinarse por incluirlo en la primera categoría y comparan al autor con otros escritores vanguardistas, como Georges Perec o Raymond Queneau, el propio autor pone en duda que se trate de una novela (e incluso de un libro).

Nuestra apuesta es que *El sentido interrogativo* es más bien un libro de filosofía que de literatura o, al menos, un libro más filosófico que literario, y que por ello debería colocarse junto a sus compañeros de infortunio: esos escritores que uno no sabe muy bien si son literatos que se hacen pasar por filósofos o filósofos travestidos de literatos, como Nietzsche, Kierkegaard, Unamuno o Cioran. Es más, creemos que para no confundir a los lectores, el libro debería titularse algo así como *Esto es un libro de filosofía (aunque no lo parezca)*. ¿Por qué? Porque **este sorprendente texto está compuesto exclusivamente por cerca de tres mil preguntas que nos incitan a reflexionar sobre todo tipo de cuestiones**, desde las más personales y existenciales (“¿Recuerdas exactamente de qué manera se apartó Santa Claus de tu vida?, Creer o no creer en Santa



Claus, ¿acaso no anuncia en cierto modo si más adelante uno creerá en Dios o no?”; “¿Has elegido la manera en que te gustaría morir?”, “¿Vales para algo?”) a las más insignificantes y banales (“¿Te ves capaz de llevar una nariz roja de payaso todo el día sin dar explicaciones?”, “¿Qué edad tenía el cuerpo humano más viejo que has visto desnudo?”), al menos en apariencia, puesto que a lo mejor no hay ninguna pregunta filosófica insignificante y puede que solo desde la experiencia más común y trivial puedan surgir algunas de las mejores preguntas.

Montaigne ya demostró hace siglos que se puede filosofar prácticamente sobre cualquier cosa, por muy ínfima y despreciable que nos parezca esta actividad en un prin-

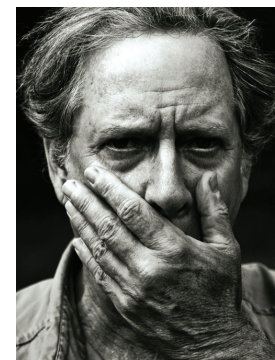
El libro juega a hacernos meditar, a romper nuestros esquemas mentales... Y ¿no era esa la clave de la filosofía?

cipio: defecar, tener sexo, nuestras debilidades físicas o incluso el hecho de comer carne humana. El libro carece por completo de trama, solo contiene una sucesión de interrogantes que nos

remiten a experiencias que creíamos olvidadas (“¿Te resultó fácil montar en bicicleta de niño?”, “¿Has oído el término «trapero» y tienes la menor idea de lo que hace, o hacía, un trapero?”, “¿Cuándo empuñaste por última vez un tirachinas?”), que nos obligan a imaginar situaciones hipotéticas (“¿A qué persona muerta le devolverías la vida?”, “¿Qué tres cosas de tu vida habrías deseado hacer o desearías haber hecho de una manera diferente a como las hiciste?”), que yuxtaponen lo más trascendental con lo más mundano (“¿Necesita el mundo una guerra global catastrófica para que podamos recuperar un estilo de vida sencillo? ¿Tu madre te enseñó a coser?”), que nos plantean dilemas morales y experimentos mentales (“¿Qué prefieres: estar de acuerdo o en desacuerdo con la gente?”, “¿Seríamos más felices si tuviéramos algo que no tenemos, o si nos dijeran algo que no

nos han dicho, o si hiciéramos algo que no hemos hecho, o si no tuviéramos algo que sí tenemos?”), que juegan a desconcertarnos continuamente, a hacernos meditar; en suma, a romper nuestros esquemas mentales (¿no era eso la clave de la filosofía?).

Si la pregunta es la herramienta más importante del filósofo, este es un libro fundamentalmente filosófico, pues **sus preguntas buscan producir en el lector un cambio en sus patrones de pensamiento** y una nueva forma de percibir el mundo. Las preguntas tienen la particularidad de permitirnos hablar de sí mismas, de volver a ver lo que ya se había visto, pero de otra forma. Y Powell explota esta capacidad una y otra vez. Veamos un ejemplo: “¿Aún nos queda tiempo suficiente? ¿Importa que no especifique para qué? ¿Hubo alguna vez tiempo de sobra? ¿La idea de «tiempo suficiente» tiene sentido realmente? ¿Acaso no sugiere que tuvimos cosas que hacer y que no pudimos hacerlas por motivos



Padgett Powell

Estadounidense (1952). En *El sentido interrogativo* plantea más de 3.000 preguntas... que no responde; hemos de reflexionar sobre ellas y contestarlas los lectores.

ajenos a la incompetencia que nos adorna? ¿Teníamos cosas que hacer? ¿Cosas que era mejor hacer que dejar de hacer? Así pues, ¿cosas importantes? ¿Hay cosas importantes?”.

Las preguntas nos permiten cuestionar lo establecido, repensar los lugares comunes, buscar las rendijas de la realidad para inocular la duda, imaginar mundos posibles a través del planteamiento de situaciones aparentemente disparatadas: “**Si te enterases de que ibas a morir mañana a las cinco de la tarde, ¿qué procurarías hacer hasta entonces?**”, “Si pudieras elegir un escritor famoso vivo o muerto que redactara tu obituario, ¿con qué escritor te quedarías?”, “¿Qué cocinaríamos si nos dijeran que Einstein viene a cenar a casa?”.

El autor ha obrado el milagro: hacer creer a sus lectores que el libro que están leyendo es literatura y no filosofía. Al final, el lector (y al autor) no puede más que preguntarse a qué viene todo esto: “¿Te queda claro por qué te hago todas estas preguntas? En general, ¿dirías que te ha quedado claro, muy poco claro, o más bien te encuentras en algún punto intermedio: en el tenebroso mar de las conjeturas? ¿Debería haber dicho «tenebroso mar de las conjeturas mentales»? ¿Tendría que largarme? ¿Dejarte en paz? ¿Es bueno que incordie a los demás con mi sentido interrogativo o mejor me lo quedo para mí?”. Yo, por mi parte, no consigo desembarazarme de esta pregunta que desde ayer me persigue: “¿Qué es lo que hace que la literatura sea literatura y la filosofía filosofía?”. ❖ **Gabriel Arnaiz**



El sentido interrogativo
Padgett Powell
Alpha Decay
17 €